

Voltaire hizo durante cincuenta años la guerra á la superstición y á la impostura, que se sirve de ella como de un pedestal. ¿Es necesario para esto calumniar á Cristo y á su doctrina?

*Mais de ce fanatisme ennemi formidable,
J'ai fait adorer Dieu, quand j'ai vaincu le diable.
Je distinguai toujours de la religion
Les malheurs qu'apporta la superstition (a).*

Voltaire opone con justo orgullo sus trabajos á los de los reformadores: éstos no hicieron más que reemplazar unos abusos con otros; condenaban al papa y deseaban imitarle; turbaron el mundo con sus rencorosas contiendas:

*J'ai dit aux disputants l'un sur l'autre acharnés:
«Cessez, impertinents, cessez, infortunés.
» Très sots, enfants de Dieu, chérissez-vous en frères,
» Et ne vous mordez plus pour d'absurdes chimères » (b).*

Los hombres de bien han escuchado á este apóstol de paz; á despecho de los gritos de rabia de los pícaros, la tolerancia va siendo la religion de todas las almas bien nacidas:

*Je vois venir de loin ces temps, ces jours sereins,
Ou la philosophie éclairant les humains,
Doit les conduire en paix aux pieds du commun maître:
Le fanatisme affreux tremblera d'y paraître;
On aura moins de dogme avec plus de vertu (c).*

¿Qué importa, despues de esto, que los teólogos y los sacerdotes hayan abusado de la religion?

Corrige le valet, mais respecte le maître;

(a) Pero, enemigo formidable de este fanatismo, he hecho adorar á Dios despues de haber vencido al diablo. Siempre he distinguido la religion de los males acarreados por la superstición.

(b) Yo he dicho á aquellos disputadores tan encarnizados: «Cesad, impertinentes; cesad, desdichados. Necios hijos de Dios, amaos como hermanos, y no os mordais más por quimeras absurdas.»

(c) Veo venir de lejos aquellos tiempos, aquellos días serenos en que, ilustrando la filosofía á los humanos, debe conducirlos en paz á los piés del Padre común: el fanatismo horrible no se atreverá á presentarse; habrá ménos dogmas, pero más virtud.

*Dieu ne doit point pâtir des sottises du prêtre,
Reconnaissons ce Dieu, quoique très mal servi (a) (1).*

¿Habrá que preguntar despues de esto quién es *la infame* que Voltaire ha querido *aplastar*? Hay ortodoxos que, en su santo celo, quisieran hacer creer que se refiere al cristianismo, al Evangelio, á la religion misma. No está mal calculado; se espera echar por tierra de una vez la autoridad de Voltaire y la de la filosofía. Pero esto es un fraude más que hay que añadir á todos aquellos que han sido calificados de piadosos, y que deberian ser condenados como los más criminales de todos, puesto que manchan con la impostura lo más sagrado. Puesto que la calumnia no se cansa de denigrar á Voltaire, y en su persona al libre pensamiento, es menester no cansarse de responder. No tememos fatigar al lector, porque Voltaire mismo llevará la palabra para defenderse; y ¿á quién no agrada su talento seductor? En el *Banquete del conde de Boulainvilliers* ha descubierto su pensamiento con mesura, como si quisiera disipar toda duda acerca del verdadero objeto que se proponia en sus luchas incesantes.

«Aun cuando he sido militar, dice el *conde*, no quiero hacer la guerra á los curas y á los frailes; no quiero propagar la verdad matando, como han propagado ellos el error, pero quisiera al ménos que esta verdad ilustrase un poco á los hombres, que fuesen más dulces y más felices, que los pueblos dejasen de ser supersticiosos, y que los jefes de la Iglesia temblasen ántes de ser perseguidores.» Un *abate*, como los habia á centenares en el siglo XVIII, incrédulo, sin dejar por eso de vivir de la credulidad humana, responde que no está bien el quitar á los insensatos las cadenas que veneran: «El pueblo de París os apedrearía, dice, si en un día de lluvia prohibiérais pasear por las calles el pretendido esqueleto de Santa Genoveva para pedir buen tiempo.» Fréret, el sabio académico á quien solian atribuirse los libros más serios que se publicaban contra el cristianismo, responde al *abate*:

(a) Corrige al servidor, pero respeta al señor. Dios no debe sufrir las consecuencias de las necedades de los sacerdotes. Reconozcamos á Dios, aunque muy mal servido.

(1) *Poesías* (Obras, t. XI, p. 229).

«No creo lo que decís: la razon ha hecho ya tantos progresos, que hace más de diez años que no se ha sacado en procesion semejante esqueleto. Pienso que es muy fácil desarraigar por grados todas las supersticiones que nos han embrutecido. Ya no se exorciza á los diablos; y áun cuando se dice que vuestro Jesus ha enviado sus apóstoles precisamente para lanzar los diablos, ningun sacerdote entre nosotros es bastante loco ni bastante necio para jactarse de lanzarlos.» El conde viene en apoyo de Fréret: «Dirigid una mirada, dice, á la parte más opulenta de la Suiza, á las Provincias Unidas, á la Gran Bretaña, al Norte de Alemania y á la Escandinavia; todos esos pueblos nos han aventajado mucho en los progresos de la razon. ¿Por qué no ha de poder hacerse en Francia lo que se hace en otras partes?»

El abate acaba por abandonar sus dogmas juntamente con las supersticiones, lo cual no impide, dice, que la filosofia no reemplace nunca al cristianismo: «Aun cuando sacudieseis en Francia la polilla de los frailes, áun cuando ya no se vieran ridículas reliquias, áun cuando se despreciara la consustancialidad y el proceso del Espíritu Santo por el Padre y por el Hijo, y la transubstanciacion hasta el punto de no hablar de ello, seguiríais siendo todavía cristianos; en vano querriais ir más léjos, no lo conseguiríais. Una religion de filósofos no es propia para hombres.» Hé aquí á Voltaire entre la espada y la pared: ¿qué responderá? «Os diré con Horacio: vuestro médico no podrá daros nunca la vista del lince, pero permitid que os quite las cataratas de los ojos. Gemimos bajo el peso de cien libras de cadenas; permitid que nos desembaracemos de las tres cuartas partes. La palabra de cristiano ha prevalecido y se conservará; pero poco á poco se adorará á Dios solo, sin atribuirle una madre ni un hijo, sin decir que ha muerto en un suplicio infame, sin creer que se hacen dioses con harina; en fin, sin ese cúmulo de supersticiones que ponen á los pueblos civilizados muy por debajo de los salvajes. La adoracion pura del Sér Supremo empieza á ser hoy la religion de todos los hombres de bien, y pronto bajará á la parte sana del pueblo mismo» (1).

La respuesta de Fréret no debe ser entendida en el sentido de

(1) *Diálogos filosóficos*, xxvi. (*Obras*, t. xxxii, p. 393-395.)

que la religion sea un mal necesario, cuyos inconvenientes se ha de tratar de disminuir. Voltaire confiesa que el alma reclama el alimento de la religion: «Pero ¿por qué convertirle en veneno? ¿Por qué ahogar la simple verdad en un cúmulo de indignas mentiras? ¿Por qué sostener esas mentiras por medio del hierro y del fuego? La religion entre el hombre y Dios es la adoracion y la virtud; entre el príncipe y sus súbditos se convierte en cuestion de policia; y frecuentemente, de hombre á hombre, es un comercio de malicia. Adoremus á Dios con sinceridad y sencillez, y no engañemos á nadie. *Si; es necesaria una religion; pero debe ser pura, racional, universal; debe ser como el sol, que alumbre á todos los hombres, y no solamente á una provincia privilegiada.* Es absurdo, odioso, abominable, imaginar que Dios da luz para todos los ojos y deje casi todas las almas sumidas en las tinieblas. *No hay más que una probidad comun para todo el universo; no hay, pues, más que una religion. Y ¿cuál es ésta? Ya lo sabeis: adorar á Dios y ser justo*» (1).

VIII.

Quando Voltaire se empeñaba en aplastar á la infame, le preguntaban con qué pensaba sustituirla. Ya hemos oido su respuesta perentoria; vamos á completar su pensamiento; no quiere solamente destruir, quiere conservar depurando; continúa en el siglo xviii el trabajo de perfeccionamiento que la humanidad realiza desde que piensa y cree: «¿Qué pondremos en su lugar? decís. ¡Cómo! un animal feroz ha chupado la sangre de mis semejantes; os digo que os libreis de él, y me preguntais ¿con qué hemos de sustituirlo? Vosotros me lo preguntais; vosotros, cien veces más odiosos que los pontífices paganos, que se contentaban tranquilamente con sus ceremonias y con sus sacrificios, que no pretendian encadenar los espíritus por medio de dogmas, que nunca disputaron á los magistrados su poder, que no introdujeron la discordia entre los hombres. ¿Teneis el valor de preguntar qué pondremos en lugar

(1) *Diálogos filosóficos*, xix (*Obras*, t. xxxii, p. 161).